

CATALUNYA 2006

La desmovilización del electorado de CiU fue el factor decisivo para que el tripartito pudiese reeditar su mayoría

## El voto de los que no votan

CARLES CASTRO

LA VANGUARDIA, 12 de noviembre de 2006

Los casi 250.000 electores que habían votado a Pasqual Maragall en los comicios de 2003 y que el 1 de noviembre pasado dejaron de apoyar al PSC, no deseaban, sin duda, que José Montilla fuese presidente de la Generalitat. Y eso mismo cabría decir de los más de 130.000 que retiraron su apoyo a ERC después de haber votado a Carod en 2003. En total, más de 360.000 votantes rechazaron ahora mantener su apoyo a las dos principales formaciones del tripartito y expresaron pasivamente su oposición a la continuidad de esa fórmula de gobierno.

Sin embargo, esa abultada cifra de deserciones no fue decisiva ni suficiente para impedir la reedición de la coalición de izquierdas. Y ello a pesar de que el respaldo al tripartito pasó de 1.816.000 votos en 2003, a menos de un millón y medio en 2006. En realidad, para la persistencia de la fórmula tripartita fue más decisiva la desmovilización electoral que afectó a CiU, como alternativa de recambio. Es decir, si CiU no hubiese perdido más del 9% de los votos cosechados en 2003, la coalición de izquierdas no habría sumado la mayoría absoluta en la Cámara (68 o más diputados).

Buena prueba de ello es que si la federación nacionalista hubiese mantenido su voto de 2003 -con los mismos resultados de 2006 para los otros partidos-, la izquierda catalana difícilmente habría sumado más de 67 diputados. En realidad, el escaño número 68 se habría decidido por una diferencia de apenas 870 votos entre Esquerra y CiU en la circunscripción de Lleida. Claro que en ese escenario, la llave la tendría la pequeña formación antinacionalista, Ciutadans, salvo que se produjese un pacto entre CiU y PSC o entre la federación nacionalista y Esquerra.

En cualquier caso, cerrar el paso al tripartito - como reclamó reiteradamente Artur Mas a lo largo de la campaña-dependía de poco más de 96.000 votantes

nacionalistas. Se trata de una cifra modesta si se tiene en cuenta que CiU ha extraviado casi 250.000 electores desde la última vez que concurrió Jordi Pujol, en 1999 (y casi 400.000 desde 1995). Es decir, el fracaso de CiU se ha debido exclusivamente a su incapacidad para recuperar los votantes que abandonaron a esta formación en los últimos diez años, muchos de los cuales han optado por la abstención, a la vista del desenlace de los comicios del pasado 1 de noviembre.

En consecuencia, puede afirmarse que el electorado catalán ha expresado dos sensaciones superpuestas el 1 de noviembre. Por un lado, el cuerpo electoral mostró con claridad su decepción con el tripartito, y su escasísimo entusiasmo ante una presidencia socialista. Y la mejor prueba de ello es que a Montilla le habría bastado con mantener en las autonómicas el resultado del PSC en las últimas europeas - como viene ocurriendo desde mediados de los noventa-, para ampliar su número de escaños (de 42 a 43) y firmar un casi empate con CiU (que habría sumado únicamente 44).

Ahora bien, por otro lado, tampoco el amplísimo depósito electoral del nacionalismo ha respondido al drástico dilema que planteó CiU frente al tripartito. Hubiera bastado un incremento de la participación de 1,8 puntos en beneficio de la federación nacionalista para dejar sin mayoría a PSC, ERC e Iniciativa. Y no parece una magnitud desmesurada si se tiene en cuenta que Pujol ha llegado a cosechar 418.000 votos más de los que CiU reunió el 1 de noviembre (es decir, ocho puntos del censo electoral). Fueron, por lo tanto, esos electores ausentes los que le dieron una segunda oportunidad al Govern tripartito.